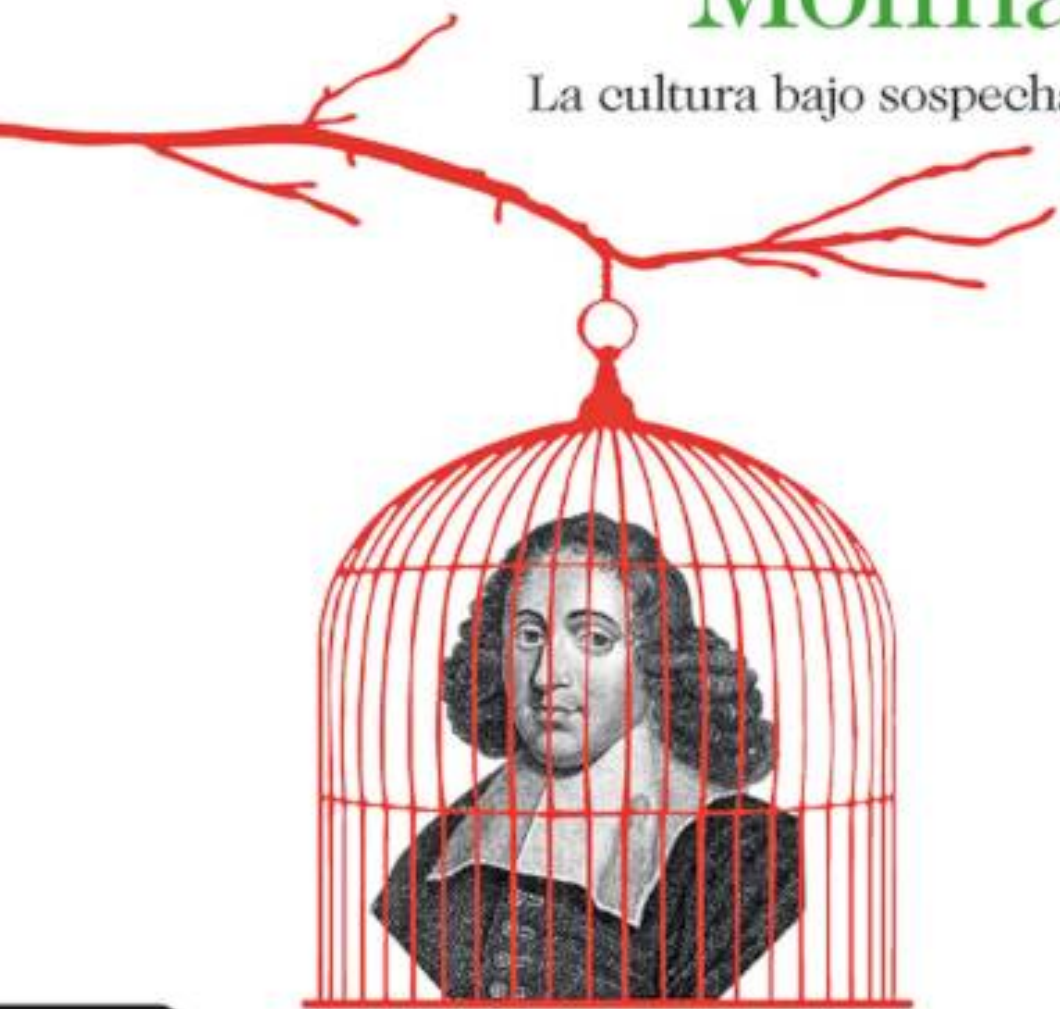


La caza de los intelectuales

César Antonio Molina

La cultura bajo sospecha



DESTINO

Índice

PORTADA	
DEDICATORIA	
CITA	
LAS MANOS DE CICERÓN	
EXTRAÑOS A SÍ MISMOS	
LA LECCIÓN QUE NUNCA APRENDEMOS	
LOS MÁRTIRES DE LA INTOLERANCIA	
UN FILÓSOFO CONTRA LA CULTURA	
UN AMIGO DEL PUEBLO	
LAS LUCES DE LA ILUSTRACIÓN	
LOS MALES DE ESPAÑA	
¿QUIÉNES SON MÁS PATRIOTAS?	
UN INTELLECTUAL PERDIDO EN LA POLÍTICA	
CAMUS, EL ANFITRIÓN DE LA REPÚBLICA ESPAÑO-	
LA	
EL PERIODISMO BAJO SAGRADO	
LA RAZÓN CONTRA EL PODER DE LA INJUSTICIA	
BATALLAS CONTRA LA LIBERTAD DEL PENSAMIENTO Y LA OPINIÓN PÚBLICA	
CÓMO DEMOLER A UN INTELLECTUAL	
PRISIONERA SOVIÉTICA EN EL LENINGRADO CER-	
CADO POR LOS NAZIS	
EL CONTRAPODER DE LOS INTELLECTUALES	
CULTURA COLABORACIONISTA	
EL MÁS VILLANO DE LOS ESCRITORES	
LA BELLEZA DE PARÍS Y EL HORROR. O ¿QUÉ SUCE-	
DERÍA SI HANNA SCHMITZ, LA PROTAGONISTA DE EL	
LECTOR, HUBIERA LEÍDO EL DIARIO DE HÉLÈNE BERR?	
EL DIOS DE AUSCHWITZ-BIRKENAU NO NOS DEBE	
NINGUNA EXPLICACIÓN, PERO NOSOTROS SÍ SE LA DE-	
BEMOS	
CULTURA, PODER Y PIEDAD	
LA TRAICIÓN DE LOS INTELLECTUALES	

CONTRA LA ESTERILIDAD DEL REALISMO SOCIALIS-
TA
CULTURA AL SERVICIO DE LA DICTADURA SOVIÉTI-
CA
EL ODIIO A LA CULTURA
DEMOCRATIZACIÓN Y RECHAZO INTELLECTUAL
CULTURA SIN CULTURA
POCO PAÍS PARA TANTOS GENIOS
LOS PUEBLOS FELICES NO TIENEN HISTORIA
¿ERA EUROPA LA SOLUCIÓN?
MOHICANOS Y BÁRBAROS EN EL GUETO
SECOND LIFE
NOTAS
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para la joven Laura Livia,
que ya es una buena ciudadana
del mundo*

Jamás resulta inútil el esfuerzo de un buen ciudadano; pues dará frutos simplemente con oír, mirar, dejarse ver o hacer un gesto, con su muda testarudez e incluso caminando.

Sobre la tranquilidad del alma, SÉNECA

LAS MANOS DE CICERÓN

El final de Marco Tulio Cicerón, entre otros muchos y terribles finales provocados por los enfrentamientos entre los intelectuales y el poder, fue uno de los más trágicos. Cicerón había desplegado todo su poder oratorio contra Marco Antonio y éste juró vengarse de las *Filípicas* ciceronianas. El escritor, que había apoyado a Bruto y a Octavio, nunca pensó que el joven heredero de César, que marchaba contra su antiguo lugarteniente, se uniera a él finalmente para constituir un nuevo triunvirato formado por Antonio, Lépido y Octavio. El Senado nombró cónsul a Marco Antonio, anuló la amnistía otorgada a los asesinos de César y, por insistencia del propio Marco Antonio, se redactaron varias listas de personas no afectas que deberían morir. Las listas, o proscripciones, incluían a unos doscientos senadores y a otros dos mil caballeros romanos sentenciados a ser asesinados sin juicio. Sila ya lo había hecho durante su dictadura y el triunviro aplicó de nuevo este decreto con el fin de proteger su dominio en Italia mientras se disponían a marchar sobre el Oriente en persecución de los asesinos de Julio César. Octavio rechazó la inclusión de Cicerón, pero ante la insistencia de Marco Antonio no tuvo más remedio que aceptarlo. En una de las cartas «a los familiares», Cicerón había hecho un comentario irónico sobre Octavio que, parece ser, llegó a sus oídos. Decía que había que colmarlo de elogios, cubrirle de honores y quitárselo de en medio. Mientras tanto, el escritor emprendió la huida de Roma sin rumbo fijo. Trató de embarcar hacia Macedonia, donde se hallaba Bruto con un ejército, pero su confianza en Octavio le hizo quedarse merodeando entre sus casas de campo. Al

principio lo acompañaba su hermano Quinto, quien al separarse y retornar a su hogar, denunciado por los esclavos, fue asesinado junto con su hijo. Cicerón fue localizado en Fornias por sus dos asesinos, quienes alcanzarían la ignominia universal y eterna por esta acción. Uno era el centurión Herenio y el otro el tribuno Popilio. Cicerón se había esmerado en la defensa de este último, acusado de parricidio, y, por lo tanto, era deudor de su inteligencia y generosidad, dado que no se recibían emolumentos por ese tipo de servicios. Cicerón había emprendido la marcha en litera y los asesinos le cortaron la cabeza nada más alcanzarlo. Hasta allí los había conducido otro ingrato, un liberto de su hermano al que el escritor había educado e instruido años atrás. Marco Antonio había ordenado cortarle la cabeza y las manos. Y al recibir este sangriento presente, lo hizo colgar en Roma sobre los Rostra, junto a la tribuna desde la cual el descuartizado había hablado tantas veces contra él. Otras versiones relatan que después de que le entregaran los despojos a Marco Antonio, éste los hizo depositar en el regazo de su tan denostada mujer. Fulvia, anteriormente esposa de Clodio, otro de sus grandes enemigos, le arrancó la lengua al cadáver del filósofo y la pinchó reiteradamente con una horquilla de su pelo. Esto lo cuenta Dión Casio. ¡Pocas venganzas tan terribles y crueles como ésta! El luctuoso suceso aconteció el día siete de diciembre del año cuarenta y tres antes de Cristo, cuando Cicerón estaba a punto de cumplir sesenta y cuatro años. De Plutarco obtenemos la siguiente reflexión: «¡Espectáculo terrible para los romanos!, quienes no veían ciertamente el rostro de Cicerón, sino la imagen del alma de Marco Antonio, salvaje en extremo». El relato de la vida de Cicerón llevado a cabo por Plutarco es muy literario y las premoniciones que el historiador cuenta que tuvo Marco Tulio sobre su final son extremadamente poéticas: «... se acostó para descansar. Entonces la mayoría de los cuervos se posaron en la ventana graznando de un modo tumultuoso; pero uno de ellos se

acercó al lecho, en donde reposaba con la cabeza cubierta, le destapó la cara retirando suavemente la ropa con el pico...».

He admirado las obras de Marco Tulio pero, sin embargo, me ha llevado más años reconciliarme con su personalidad. Las cartas a sus familiares, pero especialmente las remitidas a Ático y a Bruto, han ayudado mucho. En ellas es donde se muestra más humano y son un documento fundamental para conocer su vida pública y privada. Ático era su gran amigo, su cuñado, su editor y su librero. Un interlocutor excepcional. En *Cartas a los familiares* se recoge la que le manda a Gayo Memio, en donde le dice, entre otras muchas cosas, que «quiero a Pomponio Ático como a un segundo hermano. Nada me resulta más querido ni más grato que su amistad». Cicerón ensalza su cultura y su lejanía de las intrigas. Ático, además, era un famoso librero y editor que, en vida y luego póstumamente, ayudó a difundir la obra del autor del tratado *Sobre la amistad* a él dedicado. Escapó de Atenas durante las luchas entre Mario y Sila y aunque tuvo varios negocios el principal fue el de los libros. También casó a su hermana con un hermano de Cicerón, Quinto. Cornelio Nepote escribió su biografía. Comerció con libros y también reunió una gran biblioteca, para lo que tenía cientos de copistas, en su mayoría esclavos. En Roma, en el Argileto, detrás del Foro, pero también en otros espacios céntricos, como uno muy próximo al templo de Vertumno, y en las proximidades del templo de Jano, en el extremo superior del Foro, se instalaron los primeros libreros. Los libros se anunciaban a través de carteles y en esas primeras librerías se reunían intelectuales, escritores y compradores.

Las cartas eran un género literario y periodístico confesional, además de un documento extraordinario. El propio Cicerón definía las epístolas de esta manera tan sabia: «no ignoras que existen muchos géneros de cartas, pero el más genuino entre ellos, aquél para el que la misma se ha in-

ventado, es el destinado a informar a los ausentes cuando hay algo que a nosotros o a ellos interesa que sepan...». Esto se lo comenta a otro interlocutor, Curión, en las *Cartas a los familiares*. Las cartas son para Cicerón una conversación espaciada, en donde se utiliza un lenguaje coloquial. No son públicas sino privadas, no se debe darlas a la luz pública excepto que éste sea el deseo del remitente, «pues ¿quién, con sólo conocer un poco las costumbres de las gentes honradas, sacó nunca a la calle y recitó en público las cartas recibidas de un amigo, aun mediando alguna ofensa?». Cicerón escribía las cartas con el mismo afán y dedicación que cualquiera de sus otras obras, tanto es así que siempre pensó en seleccionarlas y publicarlas en alguna antología. No la totalidad de las mismas (conservamos un millar, lo cual quiere decir que las escritas eran muchas más), sino una recopilación. «No hay ninguna edición de mis cartas, pero Tirón tiene alrededor de setenta y pueden tomarse algunas de las tuyas. Conviene que yo las repase y corrija. Entonces se podrán publicar por fin.» Es curioso que, siendo un maestro de la epistolografía, confiase su escasa afición a redactarlas en una misiva a Celio. El liberto Tirón fue uno de los más fieles colaboradores de Marco Tulio y entre ambos inventaron una especie de taquigrafía, que fue copiada por Julio César. Tras la muerte de su señor, Tirón se dedicó a la recopilación de los escritos inéditos, así como del cuidado de la edición de otros muchos. El afecto por su colaborador está reflejado en el contenido de una carta que le hace llegar mientras él se encuentra enfermo. Cicerón le dice que se cuide, que no repare en gastos con los médicos y que se dedique únicamente a cuidar de su salud: «me has brindado innumerables servicios en casa y en el foro, en Roma y en la provincia, tanto en asuntos privados como públicos, así como en mis estudios y en mi actividad literaria. No tengo ninguna otra preocupación más que tú estés bien. Ten por seguro, mi querido Tirón, que no hay nadie que no me quiera que al tiempo no sienta lo mis-

mo por ti». ¿Cicerón ingrato? La sombra de Julio César arrojó muchos prejuicios sobre su persona. «Respecto a lo que me escribes de que mi carta ha sido divulgada, no me lo tomo a mal. Incluso yo mismo se la di a muchos para que la copiasen», le dice a Ático. Cicerón ve en las epístolas un interés oculto por parte del propio autor para darlas a conocer, para transmitir la información más allá del ámbito privado.

En las epístolas surge el padre atormentado por la muerte de su hija Tulia y el padre preocupado por la inconstancia de su hijo. En las cartas se habla de la amistad, de la vida cotidiana y de los infortunios debidos a la persistencia en las propias ideas políticas. Cicerón pagó con su vida la legítima defensa de los ideales republicanos. Persiguió a Catilina, no soportó a Julio César ni a Marco Antonio, pero titubeó a veces en los enfrentamientos directos contra ellos. Sabía que su vida corría peligro y que salvándola se procuraba la posibilidad de tener más tiempo para lograr sus fines. No formó parte del complot contra Julio César, pero fue el confabulador intelectual. Luego, si Pompeyo lo decepcionó como político, también lo hizo Bruto. Cicerón sentía por el asesino de César, que supo destruir la tiranía de César pero luego fue incapaz de restaurar la República, una gran admiración intelectual, una devoción que dejó suscrita en la dedicatoria de varias de sus obras.

En las cartas es donde Cicerón se confiesa más humano, lejos de la soberbia de su sabiduría. Suetonio dijo que eran aún más perfectas que sus discursos y creo que tenía razón. Muchas veces, cansado, renuncia temporalmente a la batalla política y se refugia en las casas de campo fuera de Roma, en donde se entregaba únicamente al estudio y la escritura. Pero otras veces se echaba también en manos de la inactividad: «mi ánimo siente una total repugnancia a escribir, cualquier motivo me parece bueno para no hacer nada», le susurra a Ático. Cicerón debatiéndose entre el deber y la propia convicción de la inutilidad de sus esfuer-

zos intelectuales. Ático se convierte en el confesor privilegiado y a él nada le oculta: «descanso un poco en medio de estas miserias cuando, por así decirlo, hablo contigo y sobre todo mucho más cuando leo tus cartas». En esa misma misiva, fechada en Formias en marzo del 49 a. J.C., añade: «yo hablo contigo como conmigo mismo y ¿hay alguien que no discuta consigo mismo en un sentido o en otro sobre asunto tan importante?». A medida que el tiempo pasa y que Cicerón va cayendo en su propio laberinto le comenta a su privilegiado interlocutor: «tú, sin embargo, escríbeme, por favor, con la mayor frecuencia posible, sobre todo porque nadie más me escribe». Cicerón lee, escribe, se abandona a los pensamientos, sufre por el devenir del Gobierno de Roma, se preocupa por su situación económica, le pesa el divorcio y la nueva boda obligada también por los apuros monetarios, lucha para que la memoria de su hija Tulia no desaparezca tras su muerte y aconseja a su hijo que obre siempre con dignidad: «en toda la vida es menester no apartarse uno ni el grueso de una uña de la recta conciencia» (a Ático).

Cicerón apoyó a Pompeyo contra Julio César, ya que lo consideraba un gran general, menos inteligente que César pero también menos ególatra y más moldeable para los intereses de la República. Sin embargo, esas virtudes fueron precisamente las que lo derrotaron. Finalmente, Cicerón se da cuenta de ello y, en misiva a Ático, le dice: «... pero ahora también lo tengo por el menos político de todos, pero ahora también por el menos apto como general». Cicerón tiene la mala conciencia de no haberse ido con Pompeyo y evitar así su miedo, su cúmulo de errores, la indignidad de su fuga y, finalmente, la derrota total. «En efecto, no hacía nada digno de que yo me uniera a él como compañero de fuga. Ahora resurge el afecto; ahora no puedo resistir la añoranza; ahora no me sirven de nada ni libros, ni cartas, ni filosofía. Así me paso días y noches mirando al mar...» (a Ático).

A Julio César, Marco Tulio le tenía cierto afecto personal y respeto intelectual, pero veía en él a un gran y complejo enemigo político. Y a César le sucedía lo mismo con Cicerón. Sin embargo, César estaba convencido de que su poder de convicción lo haría cambiar de parecer, moderar sus ideas e incluso tenerlo como cómplice, ya que necesitaba de su prestigio político. También necesitaba su prestigio cultural y por eso lo visita varias veces. Como resultado de estas entrevistas surgen comentarios pacíficos por ambas partes. En una carta de marzo del 49, el general César saluda al general Cicerón de la siguiente manera: «Ante todo te pido, puesto que confío en llegar rápidamente a la Urbe, verte allí para poder aprovechar tu consejo, tu influencia, tu autoridad, tu concurso en todos los asuntos». Cicerón le contesta halagado y se muestra como el mejor interlocutor o mediador entre César y Pompeyo. Él es amigo de la paz y de ambos por igual, pero no puede hacer nada. César es magnánimo y en otra epístola enviada a Marco Tulio resalta que nada hay tan alejado de él como la crueldad. César había perdonado a quienes sabía que le volverían a hacer la guerra de nuevo: «llevas razón al conjeturar respecto a mí (pues me conoces bien) que nada hay más lejos de mí que la crueldad. Y de la misma manera que el hecho en sí me produce un gran placer, el que tú apruebes mi acción me inunda de alegría. Y no me afecta que se diga que aquellos a quienes he perdonado se marcharon para hacerme de nuevo la guerra; pues nada me agrada más que actuar de acuerdo conmigo mismo y que ellos lo hagan consigo...». Privadamente, entre César y Cicerón hay cierta complicidad. César busca su apoyo y Cicerón le promete implícitamente su silencio, pero a cambio le pide que no los vean juntos en la capital. Esto lo charlan personalmente y Cicerón le confiesa a Ático que el general no quedó muy contento: «pero me agradé a mí mismo, cosa que no me sucedía hace ya tiempo». César fue más benévolo con Cicerón y éste hizo lo mismo con César. No sucedió así con Marco

Antonio, personaje menos preocupado por el intelecto, más interesado en engrandecer la fortuna personal y el poder. Las cartas que le envía a Cicerón son amenazantes, irónicas, irrespetuosas y de un cinismo extraordinario. En la que le hace llegar en mayo del 49 le anima a que no abandone Italia, puesto que la marcha de un personaje como Cicerón le causaría a César una pésima publicidad para sus fines. Marco Antonio le declara su afecto, «más del que tú supones», así como un «aprecio extraordinario», y añade: «no puedo creer que pienses atravesar el mar, cuando tienes en tanta estima a Dolabela (su hijo político) y a tu Tulia (su hija), una mujer de singulares cualidades, y tanta te tenemos todos nosotros, que, por Hércules, casi nos preocupamos más por tu prestigio y posición que tú mismo». Antonio le dice que a nadie aprecia más que a él, exceptuando a César, y que el mismo Julio César lo tiene por uno de los suyos. Y luego le avisa de que manda a un tal Calpurnio para que cuide de su vida y posición. César le escribe igualmente, recordándole que no cometa imprudencias, pues la situación ya está decantada. Da a entender que comprende sus motivos y los respeta, pero le pide que aunque no lo apoye se mantenga apartado de las contiendas civiles, pues «¿qué conviene más a un hombre bueno, pacífico y buen ciudadano?».

César es muy comprensivo con Cicerón, ensalza su saber y lo pone a su altura. Sabe que no es partidario suyo, pero valora la no acción física que desarrolla frente a él. César se había incautado violentamente del tesoro del Estado y con ese dinero había partido a Hispania. Lépido fue nombrado prefecto y Marco Antonio obtuvo los plenos poderes de gobierno. Julio César y Marco Antonio no consiguieron de Cicerón que renegara públicamente de Pompeyo y permaneciera en Italia. A pesar de ser vigilado se fugó en barco a Epiro. Su hija, que acababa de dar a luz, permaneció con su madre en Cumas. Era el año 48 antes de Cristo. Cicerón conecta con el campamento de Pompeyo y el pano-

rama que ve es desolador. César vuelve victorioso de Hispania, es nombrado dictador, convoca elecciones y sale cónsul. Luego renuncia a la dictadura y marcha contra Pompeyo. Llega a Epiro con Dolabela, el yerno de Cicerón, que le escribe a su suegro recriminándole por haberse pasado a unas tropas vencidas de antemano. No es del todo cierto, pues César pierde en Dirraquio y se retira a Tesalia, mientras que Pompeyo planta batalla antes de tiempo en Farsalia y pierde. El general huye a Egipto y todos sabemos lo que aconteció después. Cicerón estaba enfermo en Dirraquio y luego embarcó a Corcira. Poco después, Catón el Joven se suicidó en Útica. El hijo de Marco Tulio había luchado con diecisiete años. Catón había propuesto como procónsul a Cicerón, que ya lo era, con el encargo de dirigir el ejército pompeyano hasta la vuelta de su general. Cicerón lo evitó y sugirió negociaciones de paz que fueron rechazadas por los propios pompeyanos, entre ellos el hijo del general. Cicerón alentando la paz y metido en la guerra, Cicerón respetado por ambos contendientes pero, sin embargo, sin que ninguno le hiciera partícipe de sus verdaderas intenciones y movimientos.

Cicerón regresa a Italia y Marco Antonio lo conmina a que se exilie de nuevo. Su yerno le confirma que César lo perdona —una vez más— y que puede regresar. Entonces Marco Antonio se venga sibilinamente proclamando un edicto en el que prohíbe entrar y permanecer en Italia a todos los pompeyanos, excepto a Cicerón. Esta declaración colocaba al escritor como un traidor. «¡Qué ofensas tan abundantes y graves!», le dice a Ático. En Bríndisi pasó un año. Estaba en Italia, pero alejado de las intrigas. Su hija se había separado y él la recibe en el exilio interior, donde también se entera de la noticia de la ignominiosa ejecución de Pompeyo. Su familia, su hermano Quinto y su sobrino, lo recriminan públicamente. Sus deudas crecen. A veces da la impresión de que Marco Tulio era más querido o admirado por César y los suyos que por Pompeyo y sus seguidos-